

El hombrecito y su rabo

Por Ana MAIRENA

Dibujos de Iliana FUENTES

Aquel tranvía de las 6.40, llamado Primavera, se sacudía de izquierda a derecha como si malentendiese que su apuro era avanzar hacia el frente y en esto obraba como cualquier país de nuestra bendita América. Y llovía, llovía con la oblicua pertinacia de las tardes de agosto en la ciudad de México. Ya para llegar a la parada de la Plaza del Carmen, una faja de colores brillantes, verde, rojo, amarillo, heliotropo obispa de los gladiolos, los claveles y las dalias se embarró a las ventanillas de la izquierda como una ancha pincelada en la que la policromía no integró, antes bien cada color permaneció en soledad, orondo y puro y todo a causa de que el tranvía había disminuido su velocidad para parar. Los ojos de la mujer acometieron los colores del mercado de flores que huía y en seguida los elevó hacia las cúpulas bellísimas del viejo templo del Carmen que jugaban a desplazarse en ronda y ella las contempló con la melancolía hambrienta de una niña a la que han prohibido tomar parte en el juego. El tranvía paró en seco. La mujer apretó la gastada cartera contra el pecho turgente, pequeño y sin uso. Luchó por descender y una vez sobre la banqueta de protección hechó a correr cruzando por enfrente del propio tranvía. Un ríspido sonar de bocinazo y la mujer cayó de bruces a unos cuantos centímetros de una defensa delantera. El pesado tránsito de coches se paró de golpe sobre la anchísima avenida. Los peatones, brotando del asfalto, se apeñuscaron en torno de la mujer descendida. El conductor del Alfa Romeo desdobló el largo cuerpo, bajó del coche y se abrió camino hacia la mujer entre los murmullos hostiles de los curiosos. El policía de tránsito, que también había surgido como por ensalmo, lo sujetó de un brazo con el brutal impulso de quien caza a un delincuente largamente acechado. El hombre se sacudió de las garras oficiales y gritó: ¡Soy médico! — y amplió el círculo de cabezas a manotazos. Después se inclinó sobre la mujer y expertamente dio media vuelta al cuerpo y sujetó la cabeza. Los ojos de la mujer se abrieron.

—No lo creo, tú, el Grandote.

—El mismísimo, seis tres.

—Cinco cinco. Y ambos soltaron la risa bajo el velo de lluvia unidos, de pronto, por aquel santo y seña de conjurados. Defraudados los curiosos dieron media vuelta en redondo. Únicamente el policía permaneció impertérrito y hostil. No dejaría escapar su presa. Con manos azeitadas el que se había llamado a sí mismo médico prosiguió palpando el cuerpo de la muchacha.

—¿Fue tu claxon el que me atropelló?

—Debe haber sido él. ¿Crees poder incorporarte? ¡Vamos!

—¿A dónde?

—Te llevaré en mi coche hasta aquella farmacia.

Usted no se mueve de aquí, rotito —intervino el policía.

—¿Por qué, mi Teniente? Tome las llaves de mi coche, acérqueme a la gasolinera de la esquina y luego hablaremos usted y yo como dos buenos cuates. ¡Vamos! ¿Qué espera? Llévase, ¿no escucha la tormenta de bocinazos que se le está echando encima?

Hombre y mujer se alejaron.

—No es necesario que vayamos a ninguna farmacia —dijo ella.

—Entonces sentémonos en aquella banca del jardín.

—¿Bajo la lluvia?

—¿Llueve? Pero, dime, ¿a dónde te dirigías con prisa tan alocada?

La mujer guardó silencio y sus ojos vieron en torno con ansiedad.

—Tengo prisa, mucha prisa.

—Yo te llevo.

—No.

(Siempre pensé que ella tenía los ojos más hermosos e inocentes del mundo. Su cutis sigue siendo de niña y los labios, sin afeite, voluntariosos y gordezuelos. Me gustaría besarlos en este instante. Una sola vez los besé. ¿Cuánto tiempo hace? ¿La habrá besado otro? No lo creo. A lo mejor va a quedarse con aquel único beso mío para toda la vida.)

Sin moverse de sitio, hombre y mujer se desgajaron uno del otro.

—¡Me marchó!

La rotunda declaración de ella impulsó ahora al hombre a un exasperado acercamiento.

—¡Paula Andani!

—¡Luis Cerralvo!

—¿No habrás olvidado que te besé una vez y anduve tras de ti años y años?

—Luis Cerralvo... ¿No serás... el famoso?

—Lo soy y además Jefe de Servicio en el Hospital Central, a tus órdenes.

—Creador de esa nueva técnica quirúrgica para arterias y venas de injertos vivos *in situ*...

—Estás al corriente.

—Lo estoy; pero te confieso que nunca llegué a unir tu persona al nombre.

—Gracias, eso quiere decir...

—No quiere decir nada, tonto Grandote.

—Y tú, ¿qué haces, en cuál hospital trabajas?

—No trabajo.

—¿Cómo así? Tú, la formidable anatomopatóloga.

—Pues ya lo ves.

La mujer apretó la cartera raída contra el pecho. La pañoleta blanca que ocultara su pelo había resbalado hasta sus hombros. Los ojos del hombre acariciaron aquel pelo y, de pronto, la mujer se dio cuenta de ello y se apresuró a cubrir el más secreto de los secretos de una mujer: su pelo.

—¿Qué dijiste antes? No te entendí.

—Te estaba diciendo que hace año y medio que vendí todo lo vendible y de ello estamos comiendo mi madre y yo.

—¿Tu madre? Ah, sí, recuerdo, a causa de ella fue que abandonaste tu residencia en el hospital San Lucas de Chicago. Fue el año en el que yo pasé a la Clínica Leahy en Houston. ¿Cómo te echó de menos el gran Frisch!

—Y yo a él. Estoy segura que, de haber permanecido estos últimos siete años bajo sus órdenes, hubiese alcanzado mi meta mucho antes.

—¿Quieres decirme cuál sigue siendo tu meta? ¿No será...? ¿Tienes presente el que a mí también me tocó estar con el gran Herr Doktor Frisch en anatomía patológica durante mi servicio de rotación?

—¿Sí?

—Verás. Recuerdo una noche como ésta de agosto, pero infernalmente sofocante como todas las noches del mes de agosto en Chicago. No las habrás olvidado. Por esos días la morgue se convertía en un caldero indecoroso y los cadáveres, apenas sacados de sus gavetas refrigeradas, se nos calentaban entre las manos enguantadas hasta temer que su propia grasa fuera capaz de freírlos. Sí, el Herr Doktor tenía fe en ti, el buen viejo...

—¿Inexplicable para tu infatuación masculina, verdad?

—¿Cómo llamaste a aquello, cómo?

—Autoexéresis.

—¿Sabes que me reí en las propias barbas de Frisch? Aún me parece estar viendo sus ojillos chispeantes de un azul-porcelana y su cuerpo altísimo hecho un arco distendido. Y me reí, puedes creerme, no por cierto de la clara y entusiasta exposición que me hizo de tu famosa autoexéresis. No. Me reí de aquel inmundo manojito de colas de rata que me mostró, todas ellas limpiamente desprendidas de su raíz. Y más me reí cuando lo vi tomar, con sus manos enormes de simio rubio, una de las ratas jolinas de la jaula y me señaló el punto limpio y sin cicatriz del absurdo desprendimiento. Era imposible no reírse y entonces fue cuando con su voz gutural de alemán, mal adaptada al inglés, me ordenó secamente una maldita autopsia más para aquella misma noche. ¡Lo eché a perder todo!

Y todo volvió a perderse otra vez. La mujer se replegó sobre sí misma.

—¿A dónde te has ido? Soy yo, el Grandote, seis pies tres pulgadas de estatura.

—Cinco cinco —replicó maquinalmente la mujer.

—En marcha.

—Vé tú solo, te será más cómodo entrar en tratos con el policía.

—¿Me esperarás sin moverte? ¿A dónde vives?

—En una calle de lodo llamada de Ruysdael; un poco más abajo del viejo manicomio de La Castañeda.

—¿Número de teléfono?

—¡Optimista! 65-03-87, el de una miscelánea, "La Guadalu-pana", desde la cual suelen llamarme cuando les viene en gana. ¿Cuántas misceláneas calculas que lleven ese nombre en todos los barrios miserables de México?

—Muchas, lo que no has tenido presente es mi bien acreditada memoria para retener números. 65-03-87. ¿Correcto?

—Correcto.

La mujer lo vio alejarse tal como se había alejado ante los ojos el mercado de flores hacía un buen rato. Y en cuanto lo perdió de vista se echó a correr y se acurrucó tras de un seto. Desde allí observó poco después una vuelta completa, a vuelta de rueda, del Alfa Romeo. Otra más. ¿Daría una tercera? No la dio. Sujetando la prisa de sus piernas ella tomó, entonces, por la Calle de la Amargura. Ascendió ligeramente. Pasó frente a la Casa del Risco. Se detuvo en el zaguán. Tornó a avanzar. Una ligera vuelta a la izquierda y se detuvo en la contraesquina de la casa del Obispo de Madrid. Todavía unos pasos más y la casa roja y blanca se le mostró a su izquierda, como la inminencia más atrayente y temible. Sus ojos pasaron del farol colonial encendido al apenas un poco más adelante ex convento dominicano de San Jacinto, siglo XVI. Una acre tufarada de excrementos de toda clase de animales de pluma y pelo la indujo a entrar en la casa roja.

—Me avisaron ustedes por teléfono que ya había arribado mi tití.

—¡Ah, sí, el tití! Efectivamente, acaba de llegar de Holanda.

—¿Por qué de Holanda si proviene de Brasil?

—Debería saberlo, señorita. Holanda nos surte de cuanto animal nos solicitan. Pase, pase por aquí.

Paula vaciló. Pisó con tiento tras los talones del muchacho espigado que necesitaba urgentemente un corte de pelo. Olía mal. Chillaban las guacamayas y los cotorrones de cabezas gigantescas; se removían las grullas africanas de un negro-azul pavonado y corona ducal hecha de delgadísimas plumas enhiestas y puntadas en rojo vivo.

—Aquí lo tiene usted, señorita.

Paula entreabrió los párpados. Entre toda la alharaca de chillidos y graznidos, escuchó con desconfianza los breves y eléctricos del tití. Centró la mirada abajo, bien abajo. Se sintió satisfecha.

(“Es un rabo grueso y largo, evidentemente prensil, quizá temible constrictor. Se encuentra erizado de rabia, debe sospechar que lo examino con ulteriores y pavorosas intenciones. Es grueso el rabo, lo es, por lo menos diez veces más en diámetro comparado con el miserable rabo de una rata. Será una bella hazaña desprendérselo limpiamente.”)

Los ojos de Paula ahora abarcan, por entero, el cuerpo del animalito. La decepcionó. El tití no era más grande que una rata de campo. Pero repentinamente el tití se irguió frente a ella y, por un relámpago, fue todo un hombre. Y los ojos de la mujer se sintieron apresados por los ojos color canela del tití. El tití había adoptado la posición de un crucificado, los largos brazos abiertos y sujetos a los barrotes de la jaula. Dejó de chillar. Dejaron de chillar todos los animales. La vieja casa colonial ya no fue una caja de resonancia para la impotencia de los cautivos. Mujer y tití se miraron fascinados, sin poder dejar de verse.

—¿Se lo lleva?

—¡Oh, sí! ¿Cuánto?

Y la operación se efectuó con la rapidez y sigilo del trato de Judas. El tiempo lento del principio quedó atrás.

¡Mi hombrecito!

“Con seguridad mamá estará inquieta y deseando beber su última taza de café con leche y masticar su panecillo dulce. ¿Daré conmigo Luis Cerralvo? No, para este momento habrá ya olvidado nuestro encuentro. Es pequeño mi hombrecito. Me quedan pocos días, muy pocos, cincuenta y cinco en total. El dinero no podrá estirarse más. Con las ratas siempre me bastaron veintinueve. Deberé reforzar la dosis de mi Lysis 707, en proporción al diámetro de la cola. Es que no puedo fallar esta vez. No tengo más que un hombrecito y no podré tener más.”

—¡Cómo has tardado, hija, no me guardas ninguna consideración!

—¡Mira, mamá, ya tengo conmigo a mi tití! ¿No es algo maravilloso!

—No me lo muestres. Ya sabes que odio mirar a tus bichos. Bastante tengo con pensar en que te refundirás en tu dichoso laboratorio y yo permaneceré en soledad y clavada en mi silla.

—¿Te acuerdas de Luis Cerralvo, mamá?

—Ya lo decía yo, algo traías al entrar. ¿Te encontraste con él?

—Me ha ofrecido trabajo y esta vez lo aceptaré, mamá. Fracase o triunfe, será mi último experimento. Te lo juro. No te sacrificaré más, mamá.

—Trabajo, trabajo. Deberías casarte con él. Pronto cumplirás treinta y dos años de edad y ya era tiempo de que tuviese yo entre mis brazos un hijo tuyo.

—¿Tú también me has perdido la fe, mamá?

—¡Qué fe ni qué monsergas! Yo soñé una vida muy distinta para ti.

—¿Sabes la hora que es, mamá? A acostarte.

—No te olvides de cambiar el agua y darles de comer a mis pececitos.

—Duerme, ahora mismo lo haré.

—Cámbiales el agua.

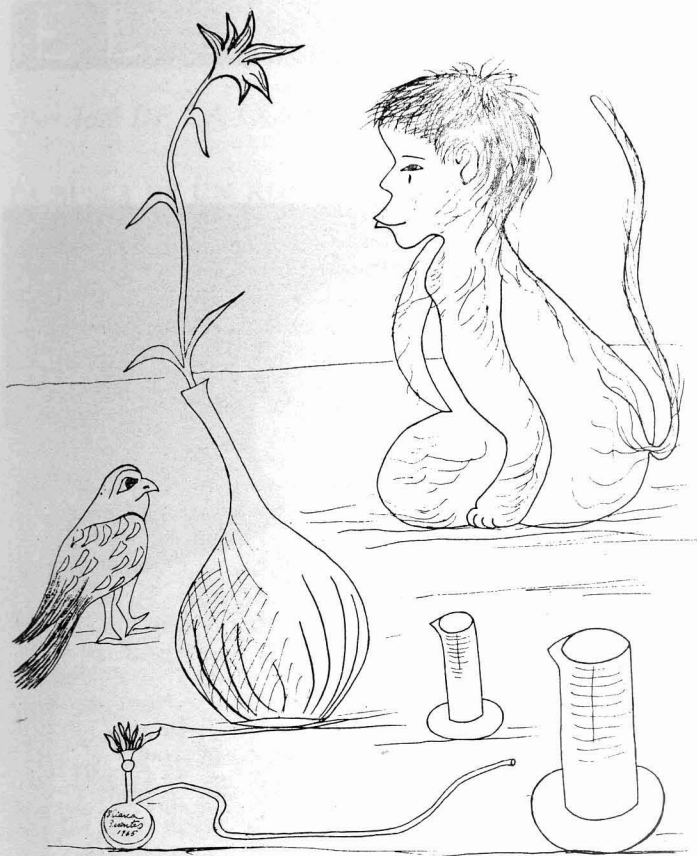
—Se las cambiaré.

Lujo de matraces, probetas y un microscopio binocular sobre la mesa de pino sin pintar. La pequeña habitación huele ya a tití, a pesar de ranuras y grietas por las que se cuela el aire. Mujer y tití se ven a los ojos. Una corriente de amor desconfiado los acerca y los repele.

—Ven, hombrecito, ven. Ya no es necesario que te coja con los guantes de cuero. ¿Ves mis manos desnudas y la puerta de tu prisión abierta? Me has costado más días de los que presumí y he tenido que reducir mis propias raciones de comida en tu honor. ¿Sabes que posees la más hermosa dentadura de hombre? Vamos, enreda ahora tu cola en mi cuello. Así, de esta manera valoro y comparo la fuerza constrictora de tu rabo. ¡Basta! Me has hecho temer, por un momento, que te proponías estrangularme y que iba a morir bajo tu quinta mano. Ya deberías estar habituado a los piquetes hipodérmicos. Ya está, no chilles, no lo haré más. Eres mi hombrecito. Ahora descansa tranquilo.

“Cincuenta días. No me vayas a dejar mal. No, hombrecito. En total, ¿qué es lo que te pido? Lo mismo que me han estado dando cientos de ratas, o sea, la sencilla ofrenda de sus rabos. ¿Conque has perdido todo tu pelo? Eso no me ocurrió con las ratas. Claro está, primito, que tú disfrutas de una categoría más elevada en la escala animal. Me gusta tu cuerpo desnudo. ¿Sabes que tienes un bello cuerpo de hombrecito-atleta? Los ollares de tu nariz se han estrechado. Puede decirse que has entrado en posesión de una verdadera nariz y que comienzas





a apropiarte un bello rostro de hombre inteligente. También nunca antes fueron más hermosos los mechones blancos de tus sienes. Y, d'me, ¿qué ha pasado con tu mandíbula? Luces ahora un mentón digno de un pequeño dictador. A ver, apriétame el cuello, hoy por hoy es el más lindo dogal al que puedo aspirar. ¡Vaya, lo siento por ti! Sí, vas perdiendo fuerza en tu quinta mano. ¿No estarás fingiendo? Sabes bien que no te lo perdonaría, no debes engañarme. De acuerdo, he hecho de ti un impotente; pero debes darte prisa en hacerme la ofrenda de tu miembro. Te lo diré. Creo que ha llegado el momento de participarte que más tarde provocaré en ti un sencillo descarrilamiento en el metabolismo interno de unas cuantas células tuyas. Te obligaré a producirme un lindo tumorcillo maligno. Incidentalmente quiero confiarte que no pienso emplear esporos. No tengo fe en su acción disolvente. De lo que me serviré es de aquello que está aguardando en aquella probeta. Lo he bautizado óbsidocortex. ¿No es un acierto? No me refiero al nombre; lo del nombre es lo de menos. Lo portentoso es lo que espero de su acción. Algo de lo más simple y natural. Se trata de que pueda lograr encapsular la aberrante disposición celular que, para entonces, yo te habré desencadenado. Y que esto la encapsule de manera inviolable, tanto, que no tendrás que hacer otra cosa que efectuar una nueva autoexéresis semejante a la que estoy esperando me hagas con tu rabo. ¿Entiendes...? Me harás brotar tu lindo tumorcillo como la más bella de las canicas o, por lo menos, lo levantarás hasta tu región subcutánea. Te garantizo que no te dolerá mucho, aunque me vea obligada a infligirte una ligera sajadura con el bisturí para facilitar su parto. No olvides que a los humanos nos gusta precipitar las soluciones.

—¿Qué hay, hija?

—Nada, todavía nada.

—Hoy era el día, ¿verdad?

—Lo era y eso que le di un margen mayor que a las ratas.

—No me menciones las ratas. Pero, hijita, no desesperes. A lo mejor es todavía demasiado pronto para él.

—Gracias. Ya te refieres a él, como a él.

Esa noche Paula empujó la puertecilla de tejamanil sin la expectación de los últimos días. Su mano derecha palpó la pared descascarillada hasta hallar el interruptor de luz. La luz se hizo. Fue una luz de trescientos watts. La luz que ella necesitaba para su trabajo.

—¡OH, NO!

Al verla entrar el tití se dio a examinarla con sus vivaces ojos color canela. Y, al instante, el tití se dio cuenta de que los ojos de ella eran los ojos de una mujer embellecidos por la víspera de un hombre. Y que esa víspera no era la suya. La cabecita del tití no se agitó esta vez con los movimientos nerviosos que le eran habituales. Todo lo contrario. La cabecita del tití adoptó la inmovilidad de una cabeza de hombre que advierte radicalmente cambiada a la amada y que, estupefacto y herido, comprueba que ese cambio es irreversible. Aún más,

que esto ocurre en el preciso instante supremo en el que él, por ella, se ha inmolado entero. Entonces el tití decide mostrarse a ella con todo el patetismo de un ser traicionado y yergue el cuerpo desnudo en posición de crucificado. Ahora el tití es todo él un reproche vivo e inclina la cabeza en la postrera y conmovedora inclinación de un ser agonizante. Poco después él mismo contempla desasido y sin interés lo mismo que la mujer se encuentra contemplando en éxtasis, esto es, la ofrenda a sus pies de antropoide pequeñito de su propio miembro.

—Perdóname, hombrecito. Admito que últimamente te he tenido bastante descuidado. Comprenderás que, con tantos preparativos, no iba a seguir dedicándote mis días y mis noches a que estabas acostumbrado. ¿Por qué me miras así, me encuentras bonita? Él también me encuentra bonita, me lo repite constantemente. Pero, descuida, de ninguna manera te olvidaré. A mi regreso, que será dentro de una semana, volveré a entregarme a ti. Recuerda que me tienes prometido un lindo tumorcillo maligno, un astrocitoma y que a ti te toca, gentilmente, hacérmelo brotar hasta tu región subcutánea. ¿Lo harás? Mira bien que éste es mi sueño entrevisto noches y noches por años y más años: un encapsulamiento de los omas, sí, de todo género de omas desprendidos de los organismos por una autoexéresis que los irá haciendo brotar por sí mismos y ascender hasta la superficie. ¿Te das cuenta de la importancia trascendental de mi propósito? Todo lo inútil, lo perjudicial, lo extraño y lo maligno a un cuerpo vivo levitando por sí solo en forma de uvas sueltas, de melocotones acortezados, de naranjas rugosas y todo ello sin ayuda de bisturí alguno; y lo que será mucho más importante, sin daño al aura de los órganos y tejidos afectados, sin que una sola célula maligna éntre a la circulación sanguínea. ¿Comprendes, comprendes? Y ahora te comunicaré algo que no te he dicho. Dentro de una hora escasa se efectuará la boda. ¡Mi boda! Ven, te concederé, por última vez, que te subas a mi hombro. Pero no vayas a estropearme el tocado de azahares. Te advierto que los azahares entretejidos a mi pelo no son para ser engullidos por ti; no importa lo apetecibles que te parezcan. Y ya no lamentos la pérdida de tu miembro. ¿No lo encuentras fabuloso? Al fin logré destilar tu oscuridad hasta crear de tu oscuridad, luz. La luz que ilumina a los míos hace milenios. Tu holocausto no tiene importancia y, sin embargo, ¡es tan definitivo para los míos! Además, ¿qué menos podías hacer en favor de tus hermanos, los hombres! ¡Oh, no, no lo entiendo! ¿Es que has hecho crecer, de nuevo, tu rabo? Cabalmente como el hombre que eres. ¡BASTA... TE HE DICHO QUE BASTA... ME AHOGAS... ME ESTÁS ESTRANGULANDO!

(NOTA ROJA A OCHO COLUMNAS)

En sus declaraciones a la policía, el eminente doctor Cerralvo, notable cirujano del Hospital Central, se aferra a su primera versión de los hechos. Afirma que unos minutos antes de su boda con la señorita doctora Paula Andaní encontró a su prometida estrangulada al pie de la jaula de un diminuto mono en el propio y modesto laboratorio de la víctima. No se halló antropoide alguno en la miserable y reducidísima habitación de azotea de la casa de la calle de Ruysdael. Ni tampoco ha sido posible encontrarlo en un sector muy amplio de la colonia Alfonso XIII, en la que está situada la vivienda. La joven doctora vestía al morir un hermoso traje de novia. (Ver fotografías en la página 12). Su cuerpo no muestra señales de violencia con excepción de una leve marca en su espigado cuello como la que podría haber producido una delgada cinta de seda usada para un estrangulamiento. Hemos efectuado una cuidadosa encuesta entre los expertos del Zoológico de Chapultepec y todos están de acuerdo en que es imposible que la cola de un tití, pues de un tití se trata, llegue a producir estrangulamiento a un ser humano. Y algo que tiene aún más desconcertados a los agentes policíacos: la madre de la señorita Andaní, una infeliz anciana paralizada en su silla de ruedas, afirma categóricamente que el tití, a quien el doctor Cerralvo culpa del estrangulamiento feroz de su bella prometida, CARECÍA DE RABO. Parece ser que la señorita doctora, su hija, cuya especialización en medicina fue anatomopatología, se hallaba dedicada a hacer experimentos de extirpación de rabos en pequeños animales. Si no fuese tan dolorosa la irreparable pérdida de la joven investigadora, estaríamos tentados a tomar las palabras de la anciana como extravagancias propias de su chochez. Lo cierto es que todo acusa al doctor Cerralvo como autor de tan espantoso crimen, cuyos móviles se desconocen hasta el momento de escribir estas notas. No creemos que las declaraciones terminantes y a su favor de la madre de la víctima logren salvar al doctor Luis Cerralvo de una larga condena. Seguiremos informando.